

CAPITULO IV.

UN HIJO DE MARIA FERVOROSO.

Primero. *Nuestro gozo y el vuestro.*—Cuan-
to es el gozo que en este momento disfruta nues-
tro corazon, no os lo podemos decir ni vosotros
apenas concebirlo, pero si os diremos que es
uno de los que mas nos han regocijado en toda
nuestra vida. Y con razon, porque ahora que os
escribimos estas líneas (ojalá que es lo pudiéramos
decir de viva voz) no podemos deciros lo
que nos oprime y atormenta, como cuando os
hablamos del hijo de María que por su infide-
lidad á la gracia es ya un hijo malo que mere-
ce ser echado del Clerical, que debe serlo rigu-
rosamente, porque así lo exige la justicia y
que tal vez muy pronto lo será; porque seme-
jante jóven con su necia conducta es capaz de
hacer derramar lágrimas de sangre. Os escri-
bimos estas líneas para hablaros, no de los ti-
bios, pues no obstante de ser mejores que los
malos, con todo su tibia conducta hace gemir al
Espíritu Santo y arranca suspiros de dolor á
sus confeseres y directores, y á nosotros nos los
arranca de la parte mas delicada del corazon.
Ni tampoco os las escribimos para hablaros de
los buenos, no obstante de que forman el gozo
de la Iglesia y esta ve en ellos á sus buenos sa-
cerdotes.

El objeto de nuestra idea es mas noble toda-
vía, es mucho mas consolador, y estamos segu-
ros que no solo formará nuestro gozo sino tam-
bien el vuestro, porque ocuparán vuestra aten-
cion los hijos de María fervorosos. Os hablare-
mos, pues, de los santos, de los hijos privilegia-
dos de la Iglesia, de los perfectos modelos de los
fieles, de aquéllos que como Juan el vírgen con-
servan todo el brillo de la inocencia bautismal,
ó que si por una desgracia la perdieron por el
pecado, han sido y son como Pedro, que lleraba
diariamente su infidelidad contra el Señor. Ale-
graos, pues, tambien, porque no solo puede de-
jar de ser malo, si alguno hubiere entre vosotros,
sí que tambien los tibios y aun los mismos bu-
enos pueden llegar á ser fervorosos, con solo poner
en práctica el *Ecce ego quia vocasti me* del pia-
doso Samuel. Alegraos, porque á todos os con-
vida el señor san José, vuestro solícito padre, á
todos os convida María Inmaculada, vuestra tier-
na madre, y á todos os convida Jesus, vuestro
divino esposo, y alegraos sobre todo porque Je-
sus, María y José os convidan de nuevo con la
lectura de este capítulo, y desean que vosotros,
generosos, respondais con prontitud como el obe-
diente Samuel: *Ecce ego quia vocasti me*. Para
ayudaros de nuestra parte á hacer tan dulce co-
mo heróico sacrificio, os descubriremos el orí-
gen de un hijo de María fervoroso, las grandes
virtudes que posee, la perfeccion que le falta, y
los medios para acabarse de perfeccionar alcan-

zando la virtud heroica contenida en esta sentencia: *Ecce ego quia vocasti me.*

Segundo. *Origen de un fervoroso hijo de María.*—Lo mas comun y ordinario es ver á un fervoroso hijo de María que antes de entrar al Clerical era ya fervoroso, y era por decirlo así, un amigo íntimo de san Luis Gonzaga, de san Estanislao de Koska, del beato Berchmans, y del venerable Perboyre, muerto en la China por amor de Jesucristo, y que era llamado ya en sus primeros años el pequeño Jesus; y ved ahí por qué decimos que un hijo de María fervoroso siempre ha edificado, siempre su gran piedad es como su pan cotidiano, y no solo jamas la ha desmentido, sino que todos los días cobrando nuevos aumentos se le ha ido fortificando mas y mas. Semejantes jóvenes el cielo los declara santos en su nacimiento y aun antes de nacer, como aconteció con los santos Julian y Domingo, Ramon Nonato, Juan de la Cruz y muchos otros. Una madre sólidamente cristiana los recibe en su regazo mientras los amamanta, les enseña las máximas evangélicas, y sus precoces disposiciones para lo bueno los determinan fervorosos y fieles imitadores de los santos. Ellos son, en suma, los que hacen ferviente oracion, frecuentan las iglesias y no se nota en ellos la frivolidad de un niño, tienen el arte de santificar los mismos juegos, y como el virgen Juan son los hijos mimados de María Inmaculada. ¿Cuántos de entre vosotros pertenecen al feliz nú-

mero de esos venturosos? ¿Cuántos los que conservais todavía la inocencia bautismal? ¿Cuántos los que por vuestro fervor sois muy queridos de la santísima Virgen? ¡Honor á la Iglesia que posee en su seno á tales santos! Honor á aquellos de vosotros que por su virtud así merecen ser nombrados! ¡Honor al Clerical que tan tiernamente os cria con el néctar del estudio y de la oracion!

El mundo, por desgracia, es la habitacion de los escogidos del Señor, y el aire que en él respiran pierde á algunos: ¡hé aquí por qué no siempre la piedad verdadera es el místico manto que cubre la inocencia! Un amigo, un pérfido amigo, un escándalo dado y por nuestra miseria tomado despues, una ocasion próxima y repentina, las pasiones que furiosas como un huracan batieron el corazon, han precipitado á algunos en el pecado, y la inocencia bautismal desapareció de ellos, no obstante la divina vocacion y la poderosa corriente de las gracias. Pero como escogidos del Señor se han levantado; cayeron, pero para su bien, ahogaron casi toda su soberbia, pusieron en su corazon una fuente de humildad, y desconfiados de sí mismos y confiados en Dios, dejaron el mundo en el momento que pudieron. Esos, pues, entrados en el Clerical, son desde el primer dia unos verdaderos fervorosos. ¡Gloria á la Iglesia que posee tales fieles! ¡Gloria á José que honra á su casa con tales protegidos! ¡Gloria á María que

quiere ser rodeada por hijos tan fervorosos! y gloria al Clerical que los nutre con el sagrado alimento del estudio y de la devocion!

El mundo siempre hiere á los escogidos del Señor del mismo modo: por esto á algunos los conserva por mucho tiempo, si no del todo al menos en parte, por esta causa, al entrar en el Clerical no todos son lo que debieran ser. ¡Pobrecitos! Ellos continuaron en algo apartados del Señor por lo que vieron en el mundo, y porque el fuego de las pasiones parece que los secó hasta la médula de los huesos. Pero puestos en el Clerical, despues de la confesion extraordinaria destinada á llorar los mas pequeños deslices, con la frecuencia de los santos sacramentos, con la práctica de piedad, con los ejercicios reglados de devocion, con el silencio de anacoreta en los tiempos señalados por el reglamento, y sobre todo, con la devocion de José, de María y de Jesus, entraron de lleno dentro de sí mismos, comenzaron el camino del fervor, y lo siguen entretenidos con la gracia de Dios que los guia. ¡Tal es el admirable efecto del Clerical! Por esto lo hemos fundado, para que fuese únicamente Clerical, por esto le dimos reglamentos que lo constituyeran segun el plan que nos formamos, y esto será él de providencia ordinaria, porque de nuestra parte quitamos todas las causas que pudieran producir lo contrario, y Dios bendijo su obra.

¡Hijos de María, os felicitamos! estamos en

la creencia que sois los que acabamos de describir. ¡Felices! oísteis la gracia y la grave y penetrante voz de la vocacion que os llamaba al sacerdocio, trabásteis una santa amistad con jóvenes fervorosos, visteis los modelos acabados de virtud que presentara el Clerical, trabajásteis por ingresar en él, y fieles á la gracia recibida deseais ahora, no solo ser fervorosos sino los perfectos que cumplen puntualmente la sentencia de Samuel: *Ecce ego quia vocasti me*. Hagámonos cargo de tan bellos ejemplos.

1º CONDUCTA DE LOS HIJOS DE MARÍA FERVOROSOS.

Comencemos á descubrir su conducta desde su entrada.

Primero. *Amor al Clerical* — El fervoroso hijo de María considera el Clerical como su todo; por esto lo ama tanto, que lo quiere; lo quiere tanto, que todos los dias se lo demuestra, manifestándole mayor cariño. Él ama al Clerical, encuentra en él sus delicias, ve sus discípulos á otras tantas almas cortadas al temple de la suya, se alegra viéndose apartado del mundo, profesa todos los dias mayor afecto á la vida retirada, retrata su conducta conforme al reglamento, se goza en el género admirable de ocupacion que le absorbe sus horas, y diariamente es mas dado al estudio y mas fervoroso. Él ama el Clerical, porque le pone superiores á quienes

honra como representantes de Dios, á quienes ama y en quienes halla todos los gustos deseables, y toda la paz del espíritu. ¡Cuántas las delicias del amor que penetran en su corazón! ¡Cuán bueno es servir á Dios! exclama. ¡Cuánto el amor que debo al Clerical que todo me lo facilita! La tarde misma de su entrada en él, luego que se encontró solo, consideró que se hallaba en un cielo anticipado, vió en la Iglesia el tabernáculo del Señor por donde le manifestara su voluntad. ¡Gracias! ¡Gracias! . . . exclamó: gracias, Dios mio, por el beneficio. Señor san Jose, sé mi padre, pues me consagro á tí. Madre queridísima, María, sé mi madre, pues me entrego á tí: Jesus, divino Jesus, sé el divino esposo de mi alma, ya que desde este instante me sacrificio en holocausto á tu amor.

Desde aquel dia, en el lugar santo es donde renueva sus votos, y ahí su corazón sellena del amor mas puro, allí es ordenado de sacerdote, allí sus tiernas lágrimas descubren lo que pasa en su corazón, pudiéndose decir de él lo que se afirma por el venerable Kempis: *Ibi invenit fluentia lacrimarum quibus singulis noctibus se lavet et mundet, ut conditori suo familiarior fiat.* Hé aquí cómo expresa tan gratos recuerdos un fervoroso hijo de María:

AL CLERICAL.

¡Oh celestial mansion!
¡Oh casa santa de los escogidos

Que viven en la union!
¡Felices los ungidos
De María y José tan bien queridos!
Dichosa soledad,
Que alimentas de la contemplacion
A santos de verdad,
Con la consolacion
Que conduce á la divina Vision.

Allí el fiel cumplimiento
De la eterna palabra del Señor;
Allí el continuo aumento
De las obras de amor
Que se gustan con inmenso dulzor.

Allí recibe el alma
Cuanto Jesucristo le prometió,
Allí recibe la calma
Puesto que ya gozó
Lo que ella, cual amada, poseyó.

Allí conoce al mundo,
Que es protervo, falaz y engañoso,
Y lo odia sin seguado,
Pues lo mira el deudor
De la sangre del Cristo Redentor.

Allí, allí aspira al cielo,
Que es pura, santa y divina mansion;
Lo espera con anhelo,
Y lo aguarda con union
De los que ya tienen su posesion.

Allí, allí se consagra
Con la grande y la mejor perfeccion,
Allí, en suma, se labra,

De veras sin ficcion,
 Cual piedra destinada á la Sion.
 Allí reflexionara
 Por notar ser ya su vida futura
 Cual de Padre que amara,
 Ser querida criatura
 De Jesus, de Jesus divina hechura.
 Adios, Clerical santo,
 Concluidos los estudios le diria,
 Y al despedirse en llanto,
 Quedarse aun querria,
 Por quedarse con José y con María.

Estos pensamientos nos obligan á exclamar: ¡Qué diferencia entre hijo ó hijo de María! El malo está en el Clerical por fuerza, el tibio por conveniencia y el bueno porque lo reconoce como una necesidad al paso que el fervoroso está en él por amor. ¿Qué mucho que su alma pura encuentre en él sus delicias? Sí; él exclama como David: Que es mejor habitar un solo día entre los santos del Clerical que años enteros entre los mundanos. ¡Tan feliz es aun en su vida de colegial! Así conviene á todos trabajar con empeño para ser hijos fervorosos de María! Tan grande, tan grande es su premio!

Segundo *Reglamento*.—El hijo de María fervoroso, no solo está ocupado en el Clerical, sino que lo está por obediencia, es decir, obediendo el reglamento, que le indica que lo que está haciendo es la voluntad de Dios, que

se le descubre por el reglamento. Él observa el reglamento y lo observa bien: lo observa siempre, en toda ocasion y en todo lugar; lo observa en las cosas grandes como en las medianas, en estas como en las pequeñas, y en estas como en todas las obras de supererogacion. Él es el que para obedecer el reglamento deja la letra comenzada, no concluyéndola y ni siquiera continuándola, por no hacer nunca la voluntad propia y hacer siempre la de Dios, que se le descubre por el reglamento. Él es el que en las conversaciones de la recreacion sabe suspenderlas, no solo no continuando hasta concluir lo que estaba diciendo, pero muchas veces ni concluye siquiera la palabra. Obedece el reglamento, lo obedece con la fidelidad de un ángel, haciendo este lo mismo que él hace; pero no mas. No lo admiremos, porque su fervor lo enseña á obrar así, como que es el espíritu de Dios el que obra en él: *Spiritu Dei agitur*. No lo admiremos, porque su conducta es una consecuencia de la fidelidad á la gracia, que le facilita repetir sin cesar: *Ecce ego quia vocasti me*. ¿No es verdad, hijos fervorosos de María, que vuestra conducta sobre el reglamento es la misma que acabamos de decir? ¡Hé aquí mi modelo! exclaman sus discípulos. Desde este momento me propongo imitarlo: sí, su vida es el reglamento en la práctica.

Tercero. *Hace caso de cosas pequeñas*.—La vida del hijo fervoroso de María, por el mismo

hecho de que es tan amante del reglamento, se introduce poco á poco en la práctica admirable de hacerse todos los días mas y mas santo; por cuya razon practica el documento de hacer caso de cosas pequeñas, mostrando así su fidelidad á la gracia en una multitud de ocasiones. Su conciencia delicada no le permite la menor falta real; muchas veces la sombra de una falta la considera ya como una falta verdadera, se castiga, en consecuencia, los pequeños defectos á que nos arrastra la propia miseria; corrige animoso lo que le parece un vicio, aunque en realidad no lo es; y con la mortificación continua, la solícita vigilancia y la ferviente oración, hace que desaparezcan, casi del todo, una gran parte de aquellos defectillos, que como malignas yerbas tienden, segun el Espíritu Santo, á destruir una parte de los frutos de virtud. Por esto no solo obedece al superior, obedece tambien al último de los directores, presta aun un honor semejante á aquellos de sus discípulos que siendo celadores ocupan su lugar, y tanto en el primero como en el último ve al representante de Dios. No admiremos tanta perfeccion, porque hablamos de un hijo de María fervoroso, que obedece á Dios en los hombres, que no vuelve atras en la virtud, que al contrario, va siempre adelante diciendo con sus obras lo que el piadoso levita Samuel: *Ecce ego quia vocasti me.* ¿No es verdad, hijos fervorosos de María, que esta es vuestra conducta? ¿No es verdad que no hay en

nuestras palabras la menor exageracion, y que tan solo decimos lo que es, y lo que todos los días haceis?

Cuarto. *La iglesia es para un fervoroso hijo de María la casa de Dios, casa misteriosa que le hace conocer tambien que él es querido de Dios.*—En ella está como clavado en el lugar que le señalaron, ni una palabra inútil dice jamas, ni una mirada indiscreta se permite, mucho menos corresponde á una sonrisa con otro, sino que recogido sin afectacion, grave sin austeridad, modesto como un ángel, edifica á todos, predica elocuentemente con su conducta, y siendo santo tiene el admirable secreto de hacer santos á los demas. ¡Qué impresiones tan saludables para todo el Clerical! ¡Qué influencia tan poderosa la que ejerce! Todo en él es santo, su vida es una bendicion continua para el Clerical, y todos, como si vieran á un san Luis Gonzaga, exclaman dentro de su corazon: "Hé aquí el ángel," y tal vez dicen aun: "Hé aquí el pequeño Jesus," como decian del venerable Perboyre sus afortunados discípulos.

Quinto. *El aposento de un hijo de María fervoroso, es como la celda del religioso mas austero.*—Para él su cuarto es como la iglesia, y lo seria del todo si residiera realmente en él Jesucristo nuestro Señor. No le es dado disfrutar de tanta gracia; pero con todo, él sabe por la fe que allí reside su amado, y allí lo encuentra, y allí lo ama con los actos fervorosos de su viva

fe, de su ardiente esperanza y de su inflamada caridad: allí reside, por su oración, por sus fervientes jaculatorias y por el admirable ejercicio de la presencia de Dios; allí reside por el modo con que santifica el estudio, por su paciencia en sufrir las enfermedades, por su unión con Dios en medio de las penas del espíritu, por los inflamados besos con el crucifijo y por el amor ardiente con que repite los sagrados nombres de Jesús, María y José, y allí reside, en fin, por sus actos de mortificación, por el uso del cilicio y de la disciplina, y por el cuidado en que vive de tener siempre en raya á la carne siempre rebelde. ¡Día y noche decidnos los actos de mortificación de un hijo de María! Lo diremos de una vez: él está contento con su aposento y su aposento está contento con él. Dios forma sus delicias, y las delicias suyas forman las de Dios. ¿No es verdad, hijos fervorosos de María, que esta es vuestra conducta? ¿No es verdad que no hemos exagerado? ¿No es verdad que tan solo decimos lo que haceis? ¿Qué dicha puede compararse con la de un hijo de María fervoroso?

Sexto. *El refectorio ó comedor* es de ordinario el lugar donde el diablo pesca con mas frecuencia, y en cierto modo, mas á su sabor; porque no solo pesca las faltas del malo y del tibio, sino muchas veces aun del bueno, quien comenzando á comer por necesidad acaba á veces por sensualidad. Mas el fervoroso, aun en ese

lugar es siempre modesto y recogido, siempre piadoso y mortificado; y dirigido siempre por la templanza, se acostumbra á comer como enseña el apóstol san Pablo. Su atención á la lectura de la mesa, sostenida con un poco de cuidado, parece que le embota el sentido sensual, y si este se despierta, toma generoso una parte de lo que le pertenece y se lo ofrece á Dios. Da de comer á su cuerpo, porque Dios así lo quiere, y da al mismo tiempo de comer á su alma en los actos de ofrecimiento. ¿No es verdad, hijos fervorosos de María, que esta es vuestra conducta en los tiempos diversos en que comeis?

Sétimo. *La recreacion y los paseos* son dos actos del reglamento que es necesario hacerlos como cualquiera otros, donde por su naturaleza las pasiones se descubren con cierto frenesí, y donde brillan con mas claridad y exactitud las cualidades de un hijo de María fervoroso. Él es como el ángel que las santifica con sus entretenimientos inocentes, con sus conversaciones prudentes y sencillas, con casos prácticos destinados á la edificación, y aun en los juegos que establece. Y ¿por qué? Porque siempre, como ya familiarizado con la virtud, se muestra lleno de mansedumbre y dulzura, de sencillez y humildad, de mortificación y condescendencia, poseyendo ademas el secreto de introducir en la conversacion la amabilidad, así como cierta gravedad piadosa en los mismos juegos. Él es el primero, al dar el reloj, en hacer el acto de

amor á Jesus, María y José, el primero en el silencio, callando inmediatamente que suena la hora, sin concluir la conversacion, aun sin concluir la palabra, y sobre todo, guardando en los tránsitos y escaleras el sepulcral silencio que recomienda el reglamento. Pero ¿cuándo acabáramos de decir lo que es un hijo de María fervoroso? Lo diremos de una vez: es un modelo de virtud, es un fervoroso perfecto, es un santo, como que repite sin cesar: *Ecce ego quia vocasti me*. Y aun me parece ver á Dios que satisfecho de su conducta como de la de Job, se dirige á Satanás, y le dice: ¿Acaso no has visto á ese hijo de María? ¿No lo has visto sencillo, recto y temeroso del Señor? ¿No lo has visto lleno de valor seguir intrépido apartándose del mal y siguiendo el camino de la inocencia? *¿Nunquid considerasti servum. . . vir simplex . . . et rectus, timens Deum, recedens à malo et adhuc retinens innocentiam?* Mas por lo que hemos dicho, hablando de un hijo de María fervoroso, nadie crea que no tiene defectos; sí los tiene, y estos son los que vamos á declarar, con el deseo de que se haga mas santo.

2º DEFECTOS DE UN FERVOROSO HIJO DE MARÍA.

Mientras vivimos en este valle de lágrimas siempre tendremos nuestros defectos, y si del justo se dice que cae siete veces al dia, no es extraño que caiga tambien el fervoroso. Sí, tiene

sus defectillos y nada mas justo que darlos conocer.

Primero. *La imaginacion es causa de muchos defectos, no obstante las buenas cualidades que sin embargo lo adornan.*—Obra por tanto á veces por imaginacion, obra por entusiasmo, hace el bien con cierta precipitacion, y lo obra no siempre de acuerdo con los sagrados dictámenes de la recta razon. Unas veces puede apreciarlo él mismo por los tristes resultados de sus operaciones, pero otras veces el buen Dios, en premio de su buena intencion, le da los felices resultados que él se habia imaginado, aunque esto no le justifica, debiendo nosotros obrar en Dios y por Dios conforme los dictados de la razon ilustrada por la fe. Cuando su imaginacion lo domina, en medio de la bondad de su corazon nada le cuestan entonces los sacrificios, aumenta las prácticas piadosas, se violenta desmedidamente para conservar la presencia de Dios, se priva inmoderadamente de la comida, un silencio exagerado lo encierra en sí mismo, se sujeta á penitencias corporales excesivas, sus labios se abren para formular votos imprudentes, y aun en un acto fervoroso tal vez pone su salud á prueba. Todo esto que serian grandes virtudes en otras personas, son para él excesos que debe trabajar en convertir en actos de virtud verdadera, mediante la práctica del *Ecce ego quia vocasti me*. Pues como dice san Pablo: *Oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.*

Segundo. *Singularidad*.—Hay una singularidad culpable que tiene el origen en la soberbia; pero hay otra menos culpable en ciertas ocasiones con tintes de virtud, que es efecto del valor, de la pequeñez de espíritu ó de la falta de educacion. Convenimos que no es vicio, pero tampoco es acto de virtud para el hijo de María lleno de fervor, quien está obligado á adquirir una virtud franca, graciosa, atractiva, y que se apodere de los corazones del prójimo para llevarlos á Cristo. Esta misma singularidad lo conduce á apartarse de algunos, á manifestar á otros cierta aspereza que de hecho los rechaza y á perder con el tiempo algunas almas que habia podido ganar. Convenimos que la singularidad no es en él efecto de la singularidad que proviene del orgullo, y antes bien confesamos que es hija de su misma piedad, de la union con Dios, y del dulce atractivo que el Señor le comunica; pero tambien deberá convenirse que dicha singularidad le impide obrar con la perfeccion de Pablo cuando se hacia todo á todos, y con la de san Francisco Javier que se entretenia con los marineros para salvar despues sus almas. Con todo, esta singularidad que llamamos defecto, aplicando los medios que pronto le daremos será con el tiempo el principio de grandes virtudes, porque ella indica que cuando tenga á la vista los grandes ejemplos de los santos los imitará con mucha perfeccion.

Tercero. *Imprudencia*.—Ser imprudente por

un exceso de bien es otro de los defectos de un hijo de María fervoroso. Por esto en ciertas ocasiones no solo es imprudente con los del mundo sino con sus mismos condiscípulos, porque todo le parece falta y aun gran falta, tomando por desarreglo aquello que tal vez no lo es del todo: por esto lo ataca con rigor sin prever, como debiera, que tal vez censura en vano y que el mismo ardor imprudente que él emplea para corregirlo, excita en los otros el no menos imprudente deseo de continuarlo, haciendo que clamen por destruir lo mismo que él querria edificar. Es un exceso que se debe impedir, pero que con el tiempo será una gran virtud. Sus imprudencias le comunican ademas cierta dureza de juicio que tampoco puede considerarse como, del todo mala, y así, si es verdad que defiende una buena causa, tambien lo es que el modo con que la defiende no es bueno. De allí cierta exclusion aun de entre sus compañeros, cierta prevencion que le impide hacer mucho bien, cierta vivacidad en la réplica, cierta lentitud en lo que le disgusta, y aun cierta susceptibilidad que tiene el origen en el orgullo de su corazon: todo esto es la consecuencia del viejo Adán, que aun vive en medio de los rigores de la penitencia.

Cuarto. *Celo de la salud de las almas*.—Esta virtud se resiente de las imperfecciones de un jóven que no obstante su virtud es jóven todavia en el fervor. Se indigna contra el pecado mas de lo que debiera, y se olvida de la indulgencia que